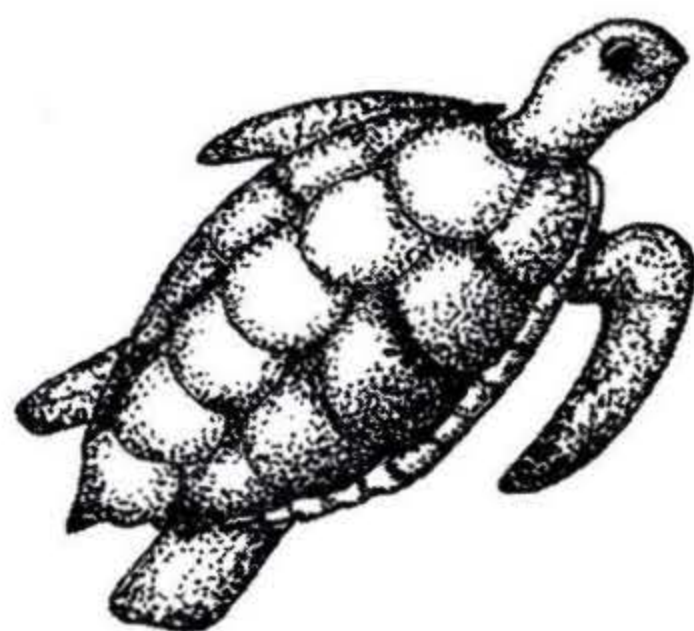


ca de su origen, el proceso de aprendizaje y la iniciación con que éste culmina, los materiales que utiliza en su trabajo, la ceremonia de cantar jai y demás actividades.

Pero es esencialmente en el análisis de su relación con los jais y otros "seres míticos" en donde su papel de mediador entre la sociedad y la naturaleza, posible por su carácter de ser a la vez social y natural, aparece en forma manifiesta. En este aspecto, es importante el cuerpo de categorías que el autor propone para diferenciarlos y, a la vez, agruparlos: monstruos de los sitios, hombres del monte, jais de la enfermedad y la salud, espíritus de los muertos.



Sobre la base de todo lo anterior, el texto desarrolla la relación que el jaibaná mantiene con las actividades de caza y pesca, aquellas que son más propias del ser embera, en especial la primera de ellas, que los hace cazadores a pesar del papel creciente y, en algunos sitios preponderante, de la agricultura. Espacio privilegiado para entenderlo es el de las transformaciones de los hombres y los animales, en la medida en que "la fauna silvestre y la población humana hacen parte de la misma dinámica". De ahí que el embera, a la vez que es cazador, es cazado por los animales de presa. En la negociación que posibilita la cacería, el jaibaná debe comprometerse, a veces, a entregar algunos miembros de su grupo para que sean cazados ellos mismos, todo sobre la base del principio de la reciprocidad. Al mismo tiempo, según el autor, se trata de un proceso necesario para conservar el equilibrio en el seno de la naturaleza, en la medida en que limita también el tamaño de la población hu-

mana y actúa como un mecanismo de control demográfico.

Pero el mundo que puede derivarse de las historias propias de los emberas es un mundo ideal, que correspondió a los tiempos antiguos. Hoy, las condiciones han cambiado; el impacto de la colonización, de la explotación de los recursos naturales y otros factores, han llevado a que la "ideología ecológica" de los emberas sea cada vez menos operativa y se vaya desfasando respecto de la realidad. Al jaibaná le es cada día más difícil poder orientar a su gente en el logro de una cacería o una pesca exitosa. De este modo, su papel se va minimizando y su figura va decayendo.

Este factor ha ido convirtiendo las antiguas guerras de jaibanás en una de las causas de la extinción de los mismos, pues se han ido saliendo de control, al romperse las condiciones en que antes tenían lugar.

Mención especial requiere el tema acerca de los sueños del cazador. Se sabe que, como en otras sociedades indígenas, los sueños desempeñan un papel de gran importancia para la vida embera en su conjunto, y no solamente en relación con el saber y la actividad del jaibaná. Así, las señales oníricas son de gran importancia para la actividad de caza y pesca; el cazador no hará nada si sus sueños le indican perspectivas negativas para sus expediciones en busca de los animales; lo contrario puede llegar a costarle la vida y, en el mejor de los casos, lo llevará a una correría infructuosa. "Sueño y vigilia se integran" en la medida en que el jaibaná, además, puede manejar los sueños.

Al lado del jaibanismo y las indicaciones de los sueños, un amplio y profundo conocimiento etológico es también garantía de éxito para el embera en sus trabajos. Este saber no es sólo de tradición oral (mucho de él está en las historias propias), sino que responde también a un permanente proceso de indagación. La correlación e interacción entre plantas, animales y humanos tiene como uno de sus modos de concreción la "ombligada", mediante la cual se busca dar al ser humano cualidades que pertenecen a plantas y animales.

De este punto de vista, es bastante novedoso el tratamiento de una temática que, por lo general, se menciona

poco: la relación entre las plantas, los animales y el amor, la cual tiene sus primeras manifestaciones con la llegada de la adolescencia, tanto para los hombres como para las mujeres, aunque para los primeros no se celebra ya una iniciación propiamente dicha. Son innumerables los procedimientos mediante los cuales los emberas buscan integrar a su vida amorosa características que corresponden a la vida que existe en la selva.

El texto termina con una exposición del sistema de interpretación y clasificación de flora y fauna por parte de los emberas, en el cual la mutua interpretación de los seres, en cuanto alimentos unos de otros, desempeña un papel de importancia; también la idea de que todos los recursos que el hombre emplea tienen un principio animal resulta clave para entender el conjunto de tales interrelaciones.

LUIS GUILLERMO VASCO URIBE

Profesor titular

Departamento de Antropología

Universidad Nacional de Colombia

Cabría pensar que se podría suponer que es muy probable que quizá

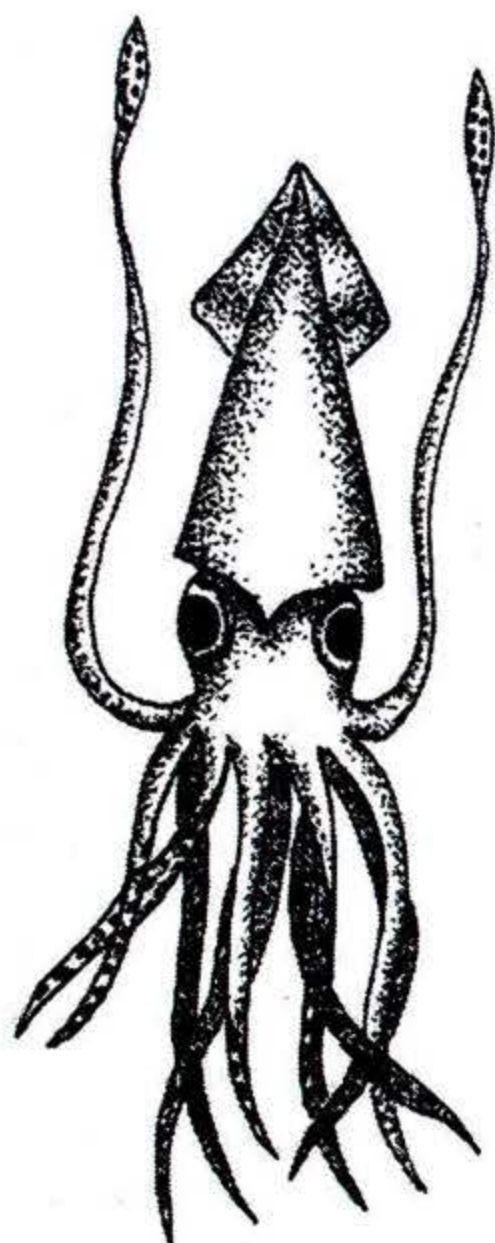
Convivencia y poder político entre los andoques

Mónica Lucía Espinosa Arango

Editorial Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá, 1995, 304 págs., ilus.

Cuando uno sabe que el trabajo de grado de Mónica Espinosa sobre los andoques fue laureado en la Universidad Nacional de Colombia y le dio base para recibir el grado de honor, se lanza a leerlo con impaciencia, con la idea de encontrar un texto profundamente original. Las primeras páginas mantienen y avivan la expectativa, pues contienen una excelente narración de los pasos iniciales de su investigación (primeros contactos, viaje a Araracuara,

instalación en la comunidad). Pero a medida que transcurre la lectura, los resultados del trabajo de campo se difuminan poco a poco para dejar paso a un verdadero río de citas que remiten a otros autores, Roberto Pineda Camacho y Jon Landaburu principalmente, con base en los cuales la autora quiere construir "una visión histórica completa" (según sus propias palabras) de los andoques, la primera y más larga parte de su estudio.



Esta visión se remonta a planteamientos muy generales sobre el poblamiento amazónico y su desarrollo durante varios siglos, para luego intentar una somera reconstrucción de la historia propiamente andoque más lejana, con base en su tradición oral y en un conjunto de suposiciones con poca fundamentación factual o de fuentes escritas. Se trata, más que todo, de una "historia conjetural". Abundan en ella los "según parece", los "se podría suponer", los "cabría pensar", los "es muy probable", los "debió darse", los "quizás". En este campo, la autora parece desconocer trabajos que han logrado elaborar métodos eficaces para confrontar la tradición oral, los textos etnohistóricos y la arqueología en la construcción de la historia indígena, como los de Patricia Vargas para los emberas.

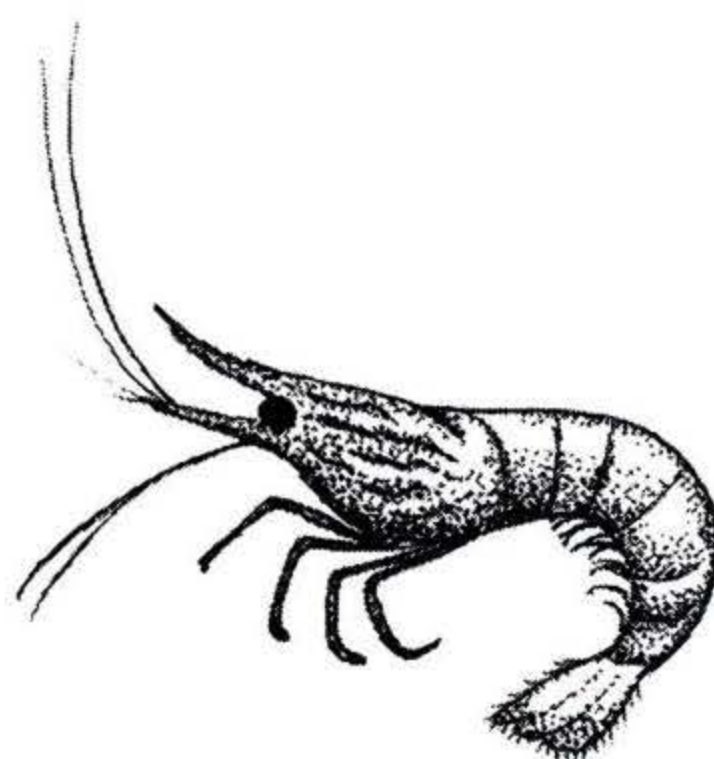
Un carácter diferente reviste la elaboración de una etnografía andoque al "estilo clásico", aquella que según la autora no escribieron Pineda y Landaburu y cuyos muchos datos se encuentran dispersos en sus numerosos escritos o corresponden a épocas diferentes. La labor de Mónica Espinosa es concienzuda, minuciosa, pues reúne y concatena con habilidad todo ese cúmulo de información para brindarnos una idea bastante completa de la sociedad andoque, buscando no el "presente etnográfico" característico de la antropología, sino orientándose a presentar la máxima densidad temporal posible, a ubicar y destacar las transformaciones, los cambios. Como ya lo he dicho, hay que lamentar que los resultados de su propio trabajo de campo tengan en este proceso un papel muy secundario, quizá a causa de su brevedad, como ella misma lo recalca en varias ocasiones.

Su tesis principal, aquella que nos habla de la "dominación" ritual de la rabia luego de la fallida insurrección de Yoroacaamena, con la cual los indios amazónicos hicieron frente a la terrible explotación y opresión que sufrieron de los caucheros, es una idea que comunican ya los trabajos de Pineda desde 1979, en especial *El sendero del arco iris* y *Procesos de reconstrucción y violencia en el Amazonas*, con su concepto de "etnografía de la paz". Aunque, en este libro, la autora la hace objeto de una elaboración considerable y de una sustentación amplia en los hechos del renacer andoque. Esta parte es, con mucho, lo mejor de su trabajo y en ella expone en forma transparente cuál fue el camino que siguieron aquellos sobrevivientes que se reagruparon, después de la hecatombe del caucho, con el fin de lograr revivir a su pueblo. Las implicaciones, en aquellas condiciones concretas, de los dos tipos de carrera ritual: las agresivas y las calmadas, aparecen en forma clara, aunque en buena medida se trata de hipótesis todavía sin comprobación, y volvemos a encontrarnos con abundantes "es probable", "pudo ser".

Anteriores análisis de Pineda mostraron los caminos que siguieron los andoques en su reconstrucción étnica a partir de la destrucción que dejaron los caucheros y su necesidad de mediar, por

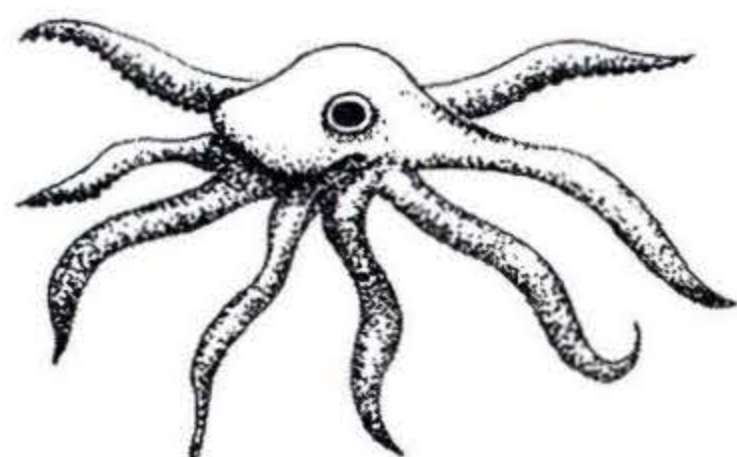
distintos mecanismos, en los conflictos que de otra manera los hubieran llevado ante un callejón sin salida, como al parecer ocurrió con los nonuyas. Mónica Espinosa los retoma en su análisis, apoyada en conversaciones que sostuvo con cabezas de la comunidad durante su vivencia en terreno.

Pero una cosa es mostrar los procesos históricos específicos que siguieron los andoques en su proceso de reconstrucción, de acuerdo con sus circunstancias particulares y durante un período crítico para su sobrevivencia, y otra es querer absolutizar tales vías y mostrarlas como modelos que pueden generalizarse para otros espacios y otros tiempos y hasta para otros grupos sociales, como, según la autora, se propone el Observatorio de Convivencia Étnica en Colombia, del cual forma parte. Esto significa hacer de la historia una filosofía histórica, que redunde en una apología del conformismo al relegar al campo de los imaginarios la lucha de los indígenas contra la opresión y conformar las bases de lo que bien podría denominarse una "etnografía de la resignación".



Es cierto que, en determinadas circunstancias, empeñarse tercamente en una lucha en condiciones de absoluta inferioridad y, por ello, sin posibilidades de éxito, puede conducir al exterminio, situación ante la cual se vieron los andoques. Pero de ahí a deducir que ésta es la fórmula adecuada para solucionar los conflictos mediante el arbitraje hay una gran distancia, pues se olvida la diversidad de condiciones. Está el caso de los indios pastos de Nariño, autodenominados los "rena-

cientes" y cuyo revivir ha resultado de una dura lucha de más de dos decenios, en la cual la rabia y la violencia no han estado ausentes.



Cuando un grupo social es derrotado, conquistado por la fuerza y sometido a una férrea dominación, puede verse obligado a coexistir durante un tiempo, a mantener, crear o aceptar mecanismos de convivencia que le permitan negociar el conflicto y sus contradicciones, incluso a desarrollar ideologías del dominado (esto es la diferenciación entre cauchería y peruanos que hacen los andoques y que les permite reconstruirse continuando con el siringueo bajo los patrones como una de sus bases materiales), so pena de ser aniquilado. Pero estas mediaciones son formas externas que ocultan que el conflicto continúa bajo la tranquilidad de su superficie, que el arbitraje no conduce a la verdadera solución de los problemas, sino a un manejo temporal y relativo de los mismos, que éstos siguen existiendo, velados en lugar de resueltos. Insistir en su permanencia conduce del genocidio brutal (Yorocaamena) al etnocidio lento (la aculturación e integración), como Mónica Espinosa parece presentirlo en sus páginas finales, cuando nos dice que "tuvo poco impacto en la modificación de las condiciones opresivas. Con el tiempo, el costo sociocultural es grande".

La convivencia sólo se mantiene hasta cuando se modifican las condiciones y el grupo sometido encuentra la oportunidad y las fuerzas necesarias y suficientes para volver a la lucha por librarse de la opresión. No ver que la mediación es sólo temporal y relativa, una tregua, pero no como una reconciliación sino como un alto en la lucha, presentarla como permanente y absoluta, hacer de ella un modelo, conduce a mantener la situación de inferioridad y subordinación en pro de quienes son

sus directos beneficiarios, como ocurre cuando se plantea que "la rabia conduce al fracaso".

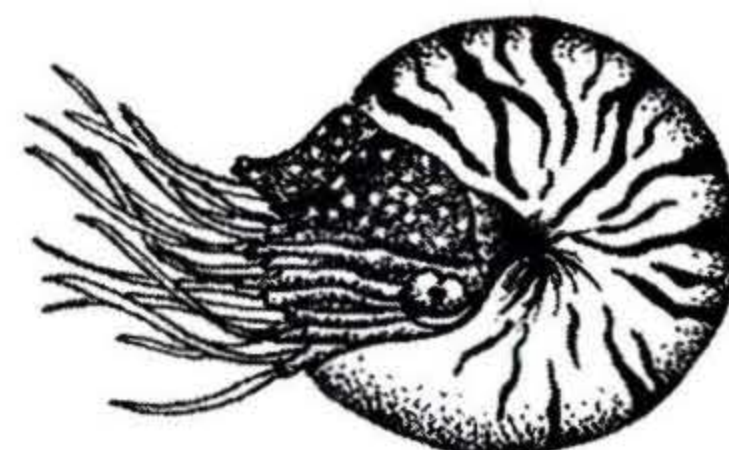
Al mostrar que a la ritualización del conflicto ha seguido, desde 1970, la negociación, el proceso de ampliación creciente y unilateral de los "umbrales de aguante" de los andoques hacia los blancos, la autora lo presenta como un exitoso proceso de adaptación.

En el texto se caracteriza positivamente tal adaptación, pese a que nos cuenta que la tolerancia se produce sólo en forma unilateral, por lo cual la denomina "monólogo para la convivencia heteroétnica", en este caso desde los indígenas hacia la sociedad nacional colombiana y no en ambos sentidos. Se trata de un "acomodo cultural en los umbrales sociales de la paciencia del grupo para 'aceptar' a los blancos". Resulta entonces muy claro que tales procesos no resuelven sino, al contrario, mantienen y desarrollan la situación subordinada de los andoques frente a los agentes de la sociedad nacional.

Ni Mónica Espinosa ni el Observatorio de Convivencia Étnica en Colombia establecen diferencias entre las circunstancias y tipos de sociedades en que ocurren tales formas de arbitramento. No son lo mismo las formas de convivencia, los mecanismos rituales, míticos y arbitrales de manejo de los conflictos entre nacionalidades indígenas o en el interior de una de ellas, que lo que ocurre entre grupos de una sociedad como la nuestra, en donde los desacuerdos étnicos son formas de manifestación de la dominación y explotación de clase, en donde las raíces de los problemas, así como las de sus alternativas de solución, no son culturales, como no lo fueron entre los andoques y los caucheros a comienzos de siglo, o entre aquellos y la sociedad nacional colombiana en la actualidad.

Hoy, aquellas formas de convivencia que surgen y están profundamente ancladas en las peculiaridades de sociedades conformadas con base en el respeto a los derechos de todos, en el compartir y en la reciprocidad, en un muy alto peso específico de la cultura sobre la vida social, no permiten una verdadera solución de los problemas que las aquejan, sólo una "administración" temporal de los mismos. Su solución

implica otras formas de organización y acción sociales. Las propuestas de Estanislao Zuleta para "construir espacios sociales y legales donde los conflictos puedan manifestarse y desarrollarse" y que la autora sugiere tomar en cuenta, sólo son posibles en forma temporal, mientras las contradicciones no se han hecho antagónicas. Cuando esto sucede, se derrumban.



El análisis económico-social de la actualidad de los andoques que aparece al final del texto es insuficiente, y la propia autora no puede evitar la perplejidad ante lo que ocurre. No logra entender que en la añoranza por la época de los patrones se oculta la diferencia entre el proceso mercancía-dinero-mercancía, vigente entre los andoques desde la llegada del caucho, en el cual el dinero no se transforma todavía en capital e, incluso, puede no existir más que simbólicamente, lo que ocurría con el endeude ("la gente parece manejar el dinero del salario en los mismos términos en que maneja la deuda", nos dice; es claro que los andoques no buscan enriquecerse, sólo quieren disponer de mercancías en forma ilimitada), y aquel otro de dinero-mercancía-dinero, que caracteriza el capitalismo y que permite la acumulación y el enriquecimiento.

Cosa similar ocurre cuando la autora, pasando por alto de nuevo las diferencias claves entre los dos tipos de sociedades, acoge un planteamiento que hoy es una especie de lugar común entre diversos autores, al creer que nuestra sociedad capitalista, con la producción de amplios excedentes y su conversión en mercancías como sus medios y con la ganancia y la acumulación como sus metas, puede aplicar al manejo de la Amazonia los sistemas productivos y las cosmovisiones creados por sociedades igualitarias, que tie-

nen la satisfacción de las necesidades comunes como su propósito esencial y en las cuales la autosubsistencia y la reciprocidad son las marcas de todo su sistema social.

Este subjetivismo, para terminar, la lleva a postular la posibilidad de establecer con los grupos dominados relaciones dialogales y horizontales en forma individual y subjetiva, con el fin de lograr consensos, aunque las desigualdades y subordinaciones sociales reales se mantengan, lo cual no es más que una ilusión del formalismo posmodernista, que no se realizó en su trabajo. "Aún no sé mucho acerca de la imagen que ellos tienen de mí", nos cuenta. De ahí que en el texto no sea posible percibir cuáles son los consensos que se alcanzaron mediante su trabajo, ni qué cambios ocurrieron en su manera de ser y pensar como resultado de su interacción con los andoques. En esos términos, la etnografía dialogal resulta ser sólo una ficción de corte académico y literario, pero no una realidad de la interacción social.

LUIS GUILLERMO VASCO URIBE
Profesor
Universidad Nacional de Colombia

¿Son cultos los caleños?

El ojo, el libro y la pantalla: consumo cultural en Cali

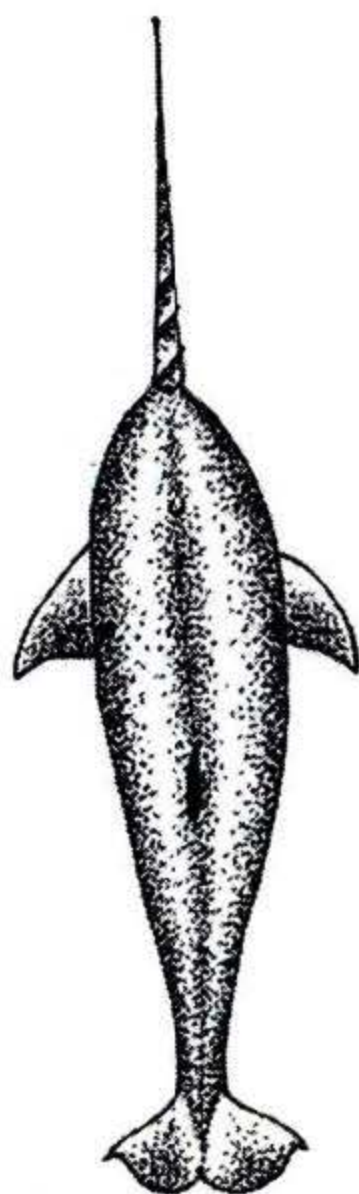
Sonia Muñoz

Universidad del Valle, Cali, 1995,
212 págs.

Innumerables son las ocasiones en que posiblemente hayamos participado en la discusión del futuro del libro frente a los medios masivos, de si hoy se lee más o menos que antes, sobre las distintas maneras que utilizan las personas para acceder a la información, o sobre la sacralización del libro y de la lectura. Esta investigación coloca sobre la mesa, bajo parámetros innovadores, algunos de estos temas.

Trescientas veinte personas, residentes en 160 manzanas de Cali, estra-

tificadas proporcionalmente según la distribución de la ciudad, respondieron a la encuesta "Hábitos de lectura, consumo de libros y otros bienes culturales" y se convirtieron así en la fuente que nutrió el estudio que nos presenta Sonia Muñoz y que viene a unirse a una serie de investigaciones de carácter sociológico que ya conocíamos, entre las que podemos citar algunas, tales como las investigaciones sobre comportamiento lector en escolares, del Cerlalc (1982); sobre lectura y lectores, de Fundalectura (1992); sobre el uso del tiempo libre, de Anif (1981), y los soportes quizá menos exhaustivos de no pocas tesis de las facultades de comunicación social, educación y sociología de distintas universidades del país.



Resulta edificante tomar en las manos un libro que habla sobre el consumo de libros y de información. Su lectura, asumida inicialmente como un ejercicio formativo, se va transformando poco a poco en un placer, por dos razones básicas. La primera es la claridad con que la autora plantea uno a uno los conceptos que forman el marco teórico del estudio, apoyados en una abundante revisión bibliográfica que considero enriquecedora, tanto para neófitos como para especialistas del universo sociológico. Las explicaciones que acompañan los conceptos innovadores con-

vocan a la reflexión sobre el acierto o error de otros estudios del mismo tipo, realizados en comunidades diferentes o similares a la caleña, tanto en lo nacional como en lo internacional.

La segunda razón, por la cual la lectura del estudio se convierte en placentera, es la riqueza y la estructura metodológica de la información que presenta, enmarcada dentro de los sugestivos títulos de cada capítulo, tal como el caso de "Circulación de ideas sobre el lector y su lectura" en su aparte sobre "los sentidos desconocidos de la lectura". Otro tanto sucede con los hallazgos presentados en el acápite "gozo y corrupción del mundo alfabético"; "la lectura y la mirada"; "el propietario privado de libros" y "los libros de la familia". Cabe anotar que su mención específica no demerita los hallazgos presentados en los apartes restantes de cada capítulo, sino que son una remembranza agradable en el momento de elaborar esta reseña.

Dada la extensión de los resultados, nos limitaremos a enunciar los grandes grupos de cuadros y gráficos que los sustentan.

Así, el primer bloque presenta los datos, según la ocupación de los encuestados, sobre la frecuencia en la asistencia a exposiciones, conciertos, teatro, cine. A continuación resume lo concerniente al equipamiento cultural de uso comunitario y de uso popular de que dispone la población encuestada según su uso: restringido o masivo.

Continúan los cuadros relativos a los pasatiempos favoritos, sitios de recreación, tiempo dedicado a la lectura, complementando los datos sobre hábitos de lectura, gusto por la lectura, discriminado por edades y sexo. Un cuadro por demás interesante es el que resume los objetos de colección.

Compara luego las preferencias entre televisión y libros, fuentes de información para saber sobre libros, formas de adquisición, tipos de libro, igualmente por sexo, estrato y edad de los encuestados. Datos estos que son preliminares al cuadro que analiza comparativamente el consumo de libros entre clases sociales, generaciones y géneros sexuales.

Incluye también varios cuadros de confrontación de lectura en cuanto al